

CELEBRACIÓN DE LA DIFERENCIA Y ELOGIO DEL DESARRAIGO Y LA ACOGIDA

Identidades, migraciones, salud mental y derechos humanos
Segunda parte¹



Resumen:

Esta segunda parte es, de nuevo, un texto nómada, siendo desde esta perspectiva que recorre saberes sobre las migraciones, exilios y los diversos movimientos humanos. Si el anterior artículo fue la celebración de la diferencia como reconocimiento de la singularidad de cada sujeto producto de sus identificaciones, este es un elogio del desarraigo, de la permanente búsqueda y de la conciencia de extranjería que nos une. El arraigo no es a la tierra sino al otro y la acogida es condición de la instauración y crecimiento de lo humano en cualquier lugar. Cuestiona las lecturas psico(pato)lógicas

de los sentimientos humanos que mueve la migración; descarta una clínica de la identidad vinculada a los procesos migratorios y aboga por una atención a la salud mental de las personas migrantes que sea de fácil acceso, que no caiga en diagnósticos innecesarios, que no refuerce mitos infundados, que evite estigmas y segregación y que sea respetuosa con su cultura originaria.

Palabras clave:

Migración, identidad(es), acogida, salud mental, (des)arraigo, exilio, estigmatización,

1. Segunda parte del artículo: Celebración de la diferencia y elogio del desarraigo: identidades, migraciones, salud mental y derechos humanos. Publicada en el nº 37 . Diciembre 2016. Revisión y actualización de la conferencia del mismo nombre pronunciada en 2008 en la Jornada sobre «Identidad, migración y exilio» organizada por el Centre iPSI.

Abstract

This second part is, again, a nomadic text, under this perspective that traverses knowledge about the migrations, exiles and the diverse human movements. While the previous article was the celebration of the difference in recognition of the singularity of each individual product of their identifications, this is a praise of the uprooting, the permanent search and the consciousness of being foreigners that unites us.

The rooting is not to the earth but to the other, and the welcoming is condition of the establishment and growth of the human in any place. It questions the psycho(patho)logical understanding of the human feelings that move the migration; dismisses the clinical perspective of the identity linked to migratory processes and advocates mental health care for migrants that avoids unnecessary diagnoses, stigmas and segregation and does not reinforce unfounded myths; a kind of mental health respecting their native culture.

Key words:

Migration, exile, identities, (up)rooting, mental health, stigmatization, reception.

*Desde el comienzo de su vida el hombre
se halla inmerso ante todo en el otro,
arraigado en él. El arraigo en el otro media
todas las demás relaciones. Son el otro y, en
el vínculo natural, necesario y recíproco, los
otros quienes nos ponen a cubierto y a cuya
ayuda debemos que la Tierra pueda para mí
llegar a ser Tierra y el cielo,
cielo: los otros son
el hogar originario.*

Jan Patocka

3. Migración(es), exilio(s) y otros movimientos humanos.

En la primera parte de este trabajo señalé que el término identidad va frecuente y, en mi criterio, inadecuadamente unido al término migración dando casi por sentado que esta es un serio peligro para la construcción de aquella o que los conflictos identitarios son parte de los sufrimientos que provoca el hecho migratorio. Tal creencia se fundamenta en una concepción de los procesos migratorios que no tiene en cuenta que sin estos no se entiende el desarrollo humano a lo largo de la historia y que es en ese continuo ir y venir donde se ha ido construyendo nuestra identidad de seres que permanentemente buscan y se buscan y que nos hace ser por siempre nómadas.

En su breve, interesante y, aunque ya lejano, muy actual trabajo sobre las migraciones, Ezensberger (1981) señala que «el sedentarismo no es una de las características genéticas de nuestra especie; se ha ido consolidando relativamente tarde y en vinculación con la invención de la agricultura. La tensión entre sedentario y nómada existe desde el origen de los mitos. Y es evidente que algo, siempre, nos lleva a cambios de lugar».

La misma idea la expone Bauman (2016) en el que quizás haya sido su último libro: «las migraciones masivas, no tienen nada de fenómeno novedoso: han acompañado a la modernidad desde el principio mismo de esta». Ya lo había dicho en Bauman (2005): «la migración ha sido en la historia la gran válvula de escape de los desheredados. Hoy el mundo está lleno». Y

parece que cada vez más porque el tan injusto desarrollo en el que estamos metidos lleva a una cada vez mayor distancia entre ricos y pobres, entre aquellos a quienes les sobra y aquellos a quienes le falta.

Una parte importante de la humanidad en cualquier época y por las razones más diversas, siempre ha estado en movimiento, de forma pacífica o forzada, en simple migración o huyendo. Todo este movimiento no ha podido hacerse sin dar lugar a continuas turbulencias y tensiones hasta el punto que podemos decir que, independientemente de la causa, cualquier migración genera conflictos.

El gran aumento de los desplazamientos humanos de distinto signo en la última década y su constante progresión es uno de los factores que mayor impacto están teniendo a nivel social, económico, cultural y sanitario y plantea nuevos retos a las sociedades de origen, de tránsito y de llegada.

La migración es rebeldía contra el destino y búsqueda de aquello de lo que es posible disponer y disfrutar como disfrutaban otros. La gran movilidad de personas ha hecho que en todos los países prósperos se haya establecido un comercio ilegal de seres humanos.

La migración siempre tiene origen en una promesa o un reclamo: la Tierra Prometida, la legendaria Atlántida, Eldorado, El Nuevo Mundo, etc. Como señala Tamayo (2007), al hablar de la inmigración en la historia de las religiones:

[...] la migración no está motivada por razones románticas, sino por la dura realidad: está animada por la necesidad de supervivencia de toda una tribu, de todo un pueblo y por la consecución de espacios de libertad. Llama la atención el choque de dos modelos de religión: la sedentaria y la nómada. La primera es de epifanía, mítica y mágica, propia de los pueblos agrarios; se inserta en el ciclo de la siembra y de la recolección; sus dioses están vinculados a un lugar concreto. La segunda es religión de promesa, itinerante, propia de los pueblos nómadas.

En la actualidad globalizada los medios de comunicación fomentan promesas. En estos tiempos de predominio de la imagen la publicidad determina en buena medida el horizonte de esperanzas asociadas con la emigración. Yo he tenido la experiencia de estar hace más de 30 años en una aldea mínima del Rif y presenciar desde allí, en casa de familias con extremas carencias, concursos de TVE en los que quien lograba acertar el precio aproximado de un objeto, a veces muy valioso, se hacía dueño del mismo; sin más esfuerzo. Tan aparentemente fácil acceso a bienes de consumo o la muestra obscena de este ante poblaciones con altas carencias no deja de provocar un efecto de fascinación y la idea de que en otros lugares todo es posible y, consecuente con ello, la puesta en marcha del esfuerzo por alcanzarlo.

La migración es, desde el origen de la cultura, producto de la curiosidad, del afán de saber y de la necesidad sentida de mejorar las condiciones de vida

y huir de las condiciones insoportables que impone la naturaleza o las violencias de distinto signo (Leal, 2009). El primer exilio, la expulsión del paraíso, es una prueba mítica de ello.

La migración es rebeldía contra el destino y búsqueda de aquello de lo que es posible disponer y disfrutar como disfrutaban otros. La gran movilidad de personas ha hecho que en todos los países prósperos se haya establecido un comercio ilegal de seres humanos. Las personas sobrantes son baratas. La migración clandestina rebaja el precio de la mano de obra. Ahora bien, todo inmigrante dedicado a un trabajo ilegal presupone la existencia de un empresario que opera ilegalmente y que saca beneficio de ello. Enzensberger (1981).

En las intensas migraciones españolas a los países

Europeos a partir de los años 60 marcharon los audaces y los fuertes porque era imprescindible pasar exhaustivos controles médicos —y tal vez ideológicos— para garantizar la producción, la menor pérdida de horas laborales, el menor gasto sanitario y los menores sobresaltos posible en los países a los que se dirigían. La mundialización ha hecho que en la actualidad se desplacen fuertes y débiles siendo este uno de los cambios más importantes en los movimientos migratorios.

Cuando no es por huida ante la amenaza a la vida, en la actualidad muy frecuente, la búsqueda de trabajo y aumento de condiciones de vida es el mayor atractivo para quien migra. Así lo ve la población autóctona que encuentra razonable la venida de mano de obra mientras no suponga «amenaza» para su estabilidad económica y de otro signo. Esa consideración de mano de obra implica la existencia de trabajo que facilita una cierta realización personal, la autonomía y el desarrollo de la vida en dignidad. La reducción o inexistencia de

redistribuirlo y no se vislumbra el menor indicio de voluntad política tendente a una redistribución global; al contrario, cada vez son más las desigualdades, las hostilidades, las inseguridades, y menos las garantías de buen trato para quien migra.

La situación económica por la que atraviesa el mundo hace innecesarios los desplazamientos que favorecerían un cierto equilibrio entre países en los que había muchas personas y poco trabajo y países con mucho trabajo y pocas personas; es decir, entre países pobres y países ricos, desarrollados o infradesarrollados. La modificación de esta situación en nuestros días, en el contexto de una sociedad ya globalizada requiere que esta cargue con las consecuencias indeseables del triunfo global de la modernidad (Bauman, 2005). En todas partes se incrementa el número de personas carentes de medios de subsistencia y no parece haber en el amplio mundo lugar donde realojarlos. Sabemos que muchos de estos a quienes en libros de sociología y política se les ha descrito

La solidaridad exige la capacidad de establecer un vínculo particular entre individuos más allá de las barreras identitarias grupales.

trabajo complica las cosas porque ataca al proyecto de crecimiento y autonomía de quien migra; cuando no tiene ingresos solo le queda hacerse receptor de subsidios sociales y, acabados estos, o no pudiendo acceder a ellos debido a barreras burocráticas insalvables, pasar a la economía sumergida, a la marginalidad y a sufrir abuso en su fragilidad. La vuelta al lugar de inicio no suele ser, salvo excepciones, una perspectiva halagüeña. Con frecuencia es imposible —como señala María Zambrano (1995) referido al exilio y al sufrimiento— tomar conciencia de que el destierro es irreversible y que sobrevivir es avanzar por un desierto sin fin, de exilio en exilio. Alcanzado ese punto, el exilio llega a ser una «verdadera patria», irrenunciable después de que se la conoce. Me parece claramente aplicable a las situaciones actuales de migraciones y (otros) exilios.

Los países desarrollados se acostumbraron a una migración de mano de obra barata que incrementa el PIB, pero no a aceptar una población con la que

como «excedentes o desechos humanos», están en tierras fronterizas, desiertos, montes perdidos, vagando sin destino, o en fosas sin nombre (Colinas, 2014):

Dicen que la Madre de Todas las Fosas
se encuentra al otro lado del océano,
cerca de una frontera y de un muro metálico,
aunque puede hallarse también en otros sitios,
aquí, en el sur de Europa.
Junto a ella duerme un sueño de esperanza
la desesperación de muchos hombres
y mujeres que huyen
de la ciudad-infierno:
del acoso, el disparo, el hambre y la sed.

Para hacer frente a este producto de la modernidad, por un lado y por otro a la repetición de conflictos armados y desarmados tan antiguos como el origen del mundo, son imprescindibles los esfuerzos de todos en la búsqueda de soluciones; ello implica una revolución

de lo cotidiano (Lefevre, 1984), el aumento de una mayor conciencia ecológica planetaria y el incremento de la solidaridad y la ética de la responsabilidad (Martuccelli, 2013). La solidaridad exige la capacidad de establecer un vínculo particular entre individuos más allá de las barreras identitarias grupales. La solidaridad nace de la comprensión recíproca de que todas las personas, sea cual sea su contexto, están sujetas a la necesidad de articular lo colectivo y lo individual para hacer posible su propio crecimiento (Leal, 1991, 2006). La solidaridad no es la dación de lo sobrante sino el reparto y compartir lo que se tiene.

Porque la cuestión por la que preocuparse no es ya el proceso migratorio más o menos regulado y basado en el traspaso de mano de obra sobrante a lugares donde la necesitan, como sucedía en otras décadas, sino cómo explicarse y cómo hacer frente a todo aquello que origina y generan los movimientos humanos de tan altas intensidades como las actuales. Por tanto, el problema o cuestión no son ya los otros que vienen sino todos nosotros que conformamos este mundo en permanente movimiento y donde todo lo que pasa en algún lugar se conoce al momento. No parecen ser fáciles estas cuestiones a cuya dificultad se añade la insensatez y cortedad de miras con que Europa está afrontando el tema de los desplazamientos humanos: poniendo vallas cuyo efecto está siendo el incremento del miedo de los que están dentro y de la presión de los que están fuera y que, cada vez menos, aceptan el reparto injusto de los bienes que parece existir desde el origen de los tiempos en que «cuando sonó la trompeta estaba todo preparado en la tierra. Y Jehová repartió el mundo a Coca Cola Inc, Anaconda, Ford Motors y otras entidades» (Neruda, 2005).

Esta gran movilización humana que está afectando también a personas en países llamados desarrollados genera la aparición de malestares emergentes en muchos sujetos que dan muestras depresivas en su vivir, (Ehrenberg, 2000) ligadas a una situación generalizada de precariedad laboral, falta de lazos sociales sólidos y de confianza en compromisos afectivos o profesionales duraderos.

La sedentariedad venía siendo una de las características de la llamada modernidad sólida, un mundo de objetos pesados, macizos, firmemente arraigados al suelo, inmovilizados, abierta y conscientemente territorial por lo que se sentía orgullo. Pero eso está cambiando y, cada vez más, la felicidad se asocia a la posibilidad de elegir, a la movilidad y no a la fijación a un lugar.

Agne Mamado Cheik, presidente de una ONG de Senegal decía: «no es fácil quitarle la idea de la cabeza a alguien que ha decidido subirse a un cayuco. A veces son las madres las que lo venden todo para que sus hijos se marchen...» Es un relato conmovedor como tantos que oímos en el día a día, en nuestros trabajos y que podemos leer como producto de la desesperación o de la esperanza. Lo que podemos leer en la cara de quienes resuelven obstáculos tan serios para cambiar de vida es una enorme esperanza; se instala la desesperanza cuando el otro, quien debe acoger, aparece como rechazante, hostil y enemigo. La experiencia del otro como enemigo es incompatible con «un mundo donde reine el principio de esperanza» (Amery, 2004).

La migración es una estrategia, individual y colectiva, no sólo de mejora, sino de recuperación de una dignidad perdida, perdida por la pobreza, que en muchas ocasiones es vivida con vergüenza y cuya existencia debería avergonzarnos a todos (Leal, 2016).

La migración no es un problema como no lo es la vida, amarse, tener plantas, celebrar la luz, talar los árboles, regar los huertos, sembrar, recoger las mieses. El que emigra no es problema y si lo fuere, no más que quien no migra. Considerar la migración como un problema es dar un paso hacia la consideración de quien migra como un problema o como problemático, lectura cada vez más extendida en nuestros países aposentados y extendida en los diversos discursos neorracistas que circulan por los despachos oficiales y las redes sociales con la mayor obscenidad e impunidad.

Parece que cada vez más una gran mayoría de la población europea sigue sin aceptar la meta de la

integración; no se muestra dispuesta, y acaso ni siquiera esté capacitada para ello porque ha perdido la conciencia de haber sido también auxiliada en tiempos de adversidad.

Migrar no es desarraigo, es injerto, trasplante, polen, cultivo, esqueje ávido de tierra nueva y agua.

Migrar no es desarraigo, es injerto, trasplante, polen, cultivo, esqueje ávido de tierra nueva y agua. Migrar es origen no es fin. Es esperanza, más o menos fundada, pero esperanza. Cargada de futuro para quien migra y, a veces, de amenaza para quienes reciben como expresa el poema (Castro, 2000):

Sin tienda ni equipaje.
Te has plantado/delante de mi casa, cual si fuera
este suelo con nombre tu destino.
¿Por qué aquí?
¿Qué intención o que viento
te arrastra u obedeces
forastero...?
He venido del frío
Del país
donde sangra la luna, y las ventanas
son filo de cuchilla amamantando
el hambre de los niños.
De la fosa común, donde el agua
es un sueño
más brillante que el oro.

El inmigrante, que se presenta como un aculturado por antonomasia, es también un culturizador (Ramoneda, 1996).

Los términos arraigo y desarraigo ha sido muy utilizados para expresar alguna de las emociones en los procesos migratorios como es el sentimiento de distanciamiento geográfico y alejamiento de la cotidianidad con su comunidad de origen. Pero yo no entiendo la emigración, en estos tiempos de globalización, como desarraigo. Incluso creo que su adjetivo, desarraigado, más que describir un sentimiento individual pasa a ser un descalificativo,

como pobre, sin trabajo, sin casa, paria (Bauman, 2005) aplicado al que viene de otro lugar y con carencias. El sujeto que cambia no se desarraiga. Prefiero la definición de Arendt: «estar desarraigado significa no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás; ser superfluo significa no pertenecer en absoluto al mundo» (Arendt, 1974).

Es impresionante la definición de Arendt que nos hace pensar que desarraigado no es quien se cambia de lugar de residencia o vida sino aquel a quien le impiden que se plante en el nuevo territorio y a quien no se le da lugar. Si hablamos de desarraigados hemos de pensar a la vez en desarraigantes porque sin estos no existen aquellos. Cuando uno marcha no se desarraiga, al contrario, va a germinar, es un esqueje que puede fecundar en otro lado. Arraigo y desarraigo son expresiones frecuentes en los escritos de un gran número de intelectuales exiliados por efectos de las no muy lejanas guerras europeas, para describir el profundo sentimiento de dolor, de desgarrar o lo que Eduard Said (2001) nombró como «el agobiante pesar del extrañamiento».

Del mismo modo lo señala Weil (2014):

[...] echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente.

Estas concepciones del arraigo implican la existencia de unos otros con los que establecer vínculos de reciprocidad y no de sumisión como parece, cada vez más, desprenderse de la exigencia formal «de arraigo» como documento para la consecución de lo que debe ser un derecho sin condiciones.

Porque la condición de desarraigado, lejos de la interpretación profunda del arraigo como participación en/con el otro y los otros, en la actualidad puede ser una atribución negativa que se aplica a aquel que llega de otro lugar. Pero quien migra no tiene necesariamente que ser desarraigado. Es fácil vincular emigrante, problemático, desarraigado, etc. De hecho, el (des)calificativo emigrante no se aplica, a todos aquellos que han abandonado un territorio para ir a vivir a otro, sino básicamente a quienes lo han hecho en condiciones precarias y para ocupar los lugares inferiores del sistema social que los acoge. En esta lógica emigrante es igual a pobre y desarraigado. Pero quien migra no trae problemas, vacíos, violencia más de la que ya hay. Trae vida, proyectos, ilusiones, también a veces con más intensidad de la que tienen quienes habitan el lugar de llegada.

«...desarraigado no es quien se cambia de lugar de residencia o vida sino aquel a quien le impiden que se plante en el nuevo territorio y a quien no se le da lugar»

El futuro, motor fundamental de los procesos migratorios, no se construye solo, siempre hay alguien, debe haber alguien que sostenga en algo la fragilidad o que la aminore y permita ese echar raíces múltiples que señalaba Weil. La migración, la marcha o cambio de un lugar pone en juego deseos y promesas. Lo sabemos todos aquellos que no estamos en nuestro lugar de nacimiento y lo volví a recordar aquella mañana mientras leía, hace ahora un año, un escrito con grandes letras azules sobre una pared blanca y solitaria de una playa perdida en la Apulia que decía: «si ritorni ti giuro que ti sposeró» y que sembró en mí una enorme curiosidad acerca de tal promesa, de los vínculos en que se sostenía y de las razones de la marcha y de la espera prometadora.

La emigración para el sujeto es un dato ya para siempre y constituye una marca importante de identidad que se construye, como dije en la primera parte de este

trabajo, a modo de *collage*. Quien migra ya nunca va a poder pertenecer a un solo lugar, ni volver sin huella al lugar de donde partió; aunque lo pareciere, eso no es una pérdida.

Es así que en tanto cambio o modificación de las circunstancias el hecho de migrar puede poner en crisis, debilitar, fragilizar temporalmente. Pero esa fragilización tiene más que ver con el futuro riesgoso que con el pasado o elementos de este que se dejan. Es verdad que cuesta dejar, pero es verdad también que no por todo se hace duelo, ni que aquello que se deja se pierde.

León y Rebeca Grinberg (1982), a quienes debemos algunas de las ideas más interesantes sobre los procesos internos en la migración y el exilio y en cuya formulación reconocen la influencia de su propia experiencia, como no puede ser de otro modo, señalan que:

[...] la migración pondrá a prueba la estabilidad psíquica y emocional. Solo la buena relación con los objetos internos, la aceptación de las pérdidas y la elaboración de los duelos permitirá integrar de manera discriminada los dos países, los dos tiempos, el grupo de antes y el grupo actual, que dará lugar a la reorganización y consolidación del sentimiento de identidad, que corresponderá a alguien que sigue siendo el mismo a pesar de los cambios y las remodelaciones.

Magnífica descripción de Grinberg a la que me permito añadir el ligero matiz de que tales cambios y remodelaciones hacen que el sujeto no sea necesariamente el mismo, o idéntico, sino otro que se reconoce en el cambio y en sus añadidos y pérdidas. Pero ese es un tema que ocupa a la filosofía desde los lejanos tiempos de Heráclito y Parménides. Las afirmaciones de Grinberg pueden aplicarse también a cualquier situación intensa de movilidad y cambio.

Migrar, que siempre lleva aparejadas las emociones vinculadas a los procesos de cambio, puede implicar mayores riesgos para un sujeto por su predisposición y

fragilidad previa o, además, por las severas condiciones en que el cambio se produce, pero, como señalan L. y R. Grinberg (1980): «por el contrario, si cuenta con una capacidad de elaboración suficiente no solo superará la crisis sino que, además, esta tendrá una cualidad de “renacimiento” con desarrollo de su potencial creativo».

Ese potencial transformador y creativo no depende solo de la capacidad originaria del sujeto para soportar los avatares del proceso sino también de la ayuda que puede recibir y de la calidad de la acogida.

La emigración es un acontecimiento subjetivo que se presenta como multideterminado y plurisignificante y que afecta a todos aquellos que participan en el mismo: el que llega y quienes están. Para estos el otro es extranjero. «Todos provenimos de tierra ignota y seguimos ligados por lazos enigmáticos a nuestra patria inconsciente» (Kristeva, 1991). Inquietante, el extranjero está en nosotros, nosotros somos nuestros propios extranjeros, somos seres divididos. Y deseosos de volver, pero sabedores de que ello es imposible.

no es aquel que procede de otro país; extranjero es siempre el otro que, de diversos modos, muestra su diferencia con nosotros. Esa lectura de extranjería que Kristeva extrae del pensamiento freudiano es complementaria con la idea de que (Korman, 2010) «en cierta manera todos somos xenófobos y racistas. Lo otro que nos constituyó se nos revela a la vez como aliado y enemigo». A lo que añade «el derecho de mi semejante a su extranjería abre una posibilidad de descubrir la mía propia, o la de inventarme una, si lo deseo, como forma de transitar nuevos territorios, desconocidos, lejanos a lo familiar y a lo conocido.»

También Julia Kristeva, al igual que Grinberg, ha hecho grandes aportaciones a las reflexiones sobre la emigración y el sentimiento de extranjería. Kristeva, a quien Paris (2003) la describe como «una emigrante en el amplio sentido del término, viajera en permanente movimiento y cambio, provocadora hasta los límites», plantea que el sentimiento de extranjería aumenta el sentimiento de otredad, «quien habla otra lengua es un ser escindido y, a la vez, a salvo de cualquier

El que llega, el extranjero, solo por el hecho de mostrar con su presencia la evidencia de ser diferente, lanza un desafío a la identidad del otro y a la suya misma.

El que llega, el extranjero, solo por el hecho de mostrar con su presencia la evidencia de ser diferente, lanza un desafío a la identidad del otro y a la suya misma.

Desafío de violencia: «No soy como vosotros»; de intrusión: «Trátame igual que se trata a sí mismo»; llamamiento de amor: «Reconocedme». Una actitud en la que se combinan la humildad y la arrogancia, el sufrimiento y la dominación, las heridas y la omnipotencia (Kristeva, 2000).

«Yo soy un pobre emigrante y traigo a esta tierra extraña, en mi alma un estandarte», canta entre humilde y arrogante Juanito Valderrama en una de las canciones más escuchadas en los programas radiofónicos para emigrantes en la España de los 60 y 70. Porque extranjero

pérdida porque ya tiene el don de traducir». Describe al extranjero como aquel que traduce, escribe, descifra, recrea una verdad más presentida que percibida. La experiencia de extranjería es una experiencia íntima, la «revuelta íntima» que habla de un «sujeto en proceso», es decir, continuamente puesto a prueba, mutante, en permanente tránsito, sujeto en cuestión (Martucelli, 2007) (Kristeva, 2000).

La emigración, las migraciones y sus equivalencias emocionales es una revuelta de la subjetividad, un trabajo de retorno, un trabajo en proceso de «permanente reestructuración psíquica» que, diversos autores, comparan con el proceso analítico ya que, en ambas experiencias, migración y análisis, es posible trazar los hitos identificación-idealización-sublimación

necesarios para la revuelta subjetiva. «La vida íntima a la que el psicoanálisis, como migración convoca, es una intimidad de lo singular que actualiza la heterogeneidad, la diferencia sustancial de cada sujeto para poner nombre a lo innombrable, a las irrepresentables sensaciones del alma» (Kristeva, 2000).

de cuero, los vendedores de queso y miel manchegos con sus espuelas llenas de manjares, los turroneiros extremeños, los grupos de segadores castellanos que recorrían los pueblos en tiempo de la recolección de las mieses, los recitadores de versos y coplas que se ganaban la vida de pueblo en pueblo, los «húngaros» con su oso, los «gitanos» con sus cabras y sus tambores

... aprendíamos a amar la diversidad. Eran forasteros, condición que dejaban de tener si se quedaban en el pueblo y pasaban a ser huéspedes de alguien.

Ese removimiento íntimo que es sentirse migrante es una vivencia con los matices de la singularidad subjetiva de cada uno, que hemos dicho se construye de manera costosa, esforzada, obligatoriamente activa pero, a la vez, en un entramado complejo de relaciones. Es en este sentido de encuentro con la extranjería en uno que podemos hablar de un elogio del desarraigo, experiencia que es necesario sentir para dar acogida. Es pues un elogio del arraigo múltiple y de la permanente predisposición a la acogida.

El elogio y celebración de la diferencia, de la diversidad, del desarraigo (Leal, 2005), y del encuentro con el otro y consigo mismo —separarlo es imposible— encuentra con frecuencia obstáculos que surgen de la aplicación de discursos y políticas que parecen haber perdido el pulso de lo humano y de las que, con frecuencia, se deriva el rechazo y criminalización del otro en tanto extranjero y, al parecer, incompatible con quienes ya están en un determinado territorio. «En ese punto de mira no sólo está el arquetipo de enemigo, que es el terrorista fundamentalista islámico, sino todo aquel que es vivido como amenaza por la razón que sea, por más infundada que lo sea» Bauman, (2005). Cada día tenemos nuevas evidencias de ello.

Tuve un conocimiento tardío del término extranjero para designar a las personas. En mi contexto la palabra que designaba a los desconocidos era forastero, el que venía de fuera. Tal era el caso de los representantes de comercio cargados con sus muestrarios en maletas

y trompetas que fascinaban a los pequeños y nos abría un mundo maravilloso como siguen haciendo los contadores de cuentos en la plaza Jmea El Fna, de Marrakech, los teatrillos ambulantes, etc. Ahí aprendíamos a amar la diversidad. Eran forasteros, condición que dejaban de tener si se quedaban en el pueblo y pasaban a ser huéspedes de alguien. A veces se utilizaba coloquialmente tal término para referirse a la venida de alguien cercano que vivía fuera, con expresiones afectuosas del tipo «¿Cómo han llegado los forasteros? o ¿Qué tal han pasado la noche los huéspedes?» La palabra extranjero, en cambio, señalaba un lugar muy lejano y no a una persona. Y la evocación que tal palabra sugiere en mí sigue siendo un lugar muy vinculado con aquel, lejano, a donde iban a trabajar los hombres y después las mujeres que emigraban por los años 60, Alemania, Bélgica, Francia, Holanda, etc. en situaciones de muy alta precariedad.

Todos hemos sido, todos seremos en algún lugar, en algún tiempo, forasteros o extranjeros. Se contaba en mi casa, de pequeño, que en el primer viaje desde el pueblo, de un hijo con su padre, una vez llegados a la ciudad este le pregunta: «¿Hijo, que te parece la capital?» Y el hijo responde: «Muy bonita, papá, pero aquí todos son forasteros como nosotros». Había otra versión en la que el niño, asombrado, respondía al padre, «aquí todos son forasteros menos nosotros». Sea cual fuere la respuesta, en ambas se produce la experiencia de «forasteridad», con la consiguiente extrañeza.

Llámesese extranjero o forastero, lo que se plantea en el fondo en el hecho migratorio es el enfrentamiento entre dos tipos de lógicas: la de la pertenencia y la de ciudadanía (Flores, 1989), (Saraceno, 2002).

Cada una de ellas da lugar a valores distintos, incluso opuestos. La lógica de la ciudadanía se sustenta en el principio de legalidad mientras que la lógica de la pertenencia lo hace en el de fidelidad; en esta el sujeto se diluye y el peso corporativo aumenta. Por el contrario, la lógica de la ciudadanía reconoce el valor singular del sujeto independientemente del peso que tenga su grupo de pertenencia. En la lógica de la pertenencia siempre pierden los sujetos más frágiles o los que tienen menos capacidad de organización, decisión y poder.

El predominio de la lógica de la pertenencia, en especial en la comunidad de recepción, es una dificultad para quienes están en procesos migratorios. En primer lugar, porque hipertrofia el nosotros de la comunidad, digamos, sedentaria conllevando a su vez la asignación hipertrófica de una pertenencia/identidad a aquellos que llegan y que es, por lo general desvalorizada y temible, sin ninguna razón que lo justifique más que el miedo a lo desconocido. Se traduce como nosotros y ellos. El resultado suele ser el rechazo, el desprecio, la estigmatización (Leal, 2016), etc. por algunos rasgos de su pertenencia y la puesta en serio riesgo de su expectativa de futuro que, en suma, es su realización como persona y como miembro de un grupo, por lo general desfavorecido, que espera recibir de el recursos para poder seguir sosteniendo la vida y la dignidad (Sayed, 2009). «La hospitalidad, la capacidad de acoger al otro respetándolo en su diferencia, más allá de las diferencias es lo que, en última instancia, está permanentemente en cuestión» (Fernández Agis, 2012). De la resolución de ello va a depender que el encuentro sea una posibilidad de crecimiento compartido o fuente de conflicto que dañe a ambas partes

El dolor del pasado, el desarraigo y los duelos por lo dejado —a lo que tan proclive es una cierta psicopatología— ocupa en los quehaceres profesionales más espacio que la inquietud por el futuro y la generación

de condiciones para el acceso de todos al mismo. El uso abusivo de títulos como duelo migratorio o las construcciones bienintencionadas —en mi criterio erróneas— de diversos síndromes que no son más que un sumatorio descriptivo de sentimientos humanos sin valor psicopatológico alguno y por ello no tiene sentido llamarles «síndrome», ha llevado al predominio de una lectura psicopatologizante o cercana a ello de las expresiones emocionales de las personas que migran. Como muy bien señala Sayed (2013):

[...] cuando evaluamos el duelo migratorio hay que tener en cuenta que, en general, se trata de una vivencia emocional natural en todo ser humano, que no debe ser considerada como enfermedad mental sino como un proceso natural formado por un conjunto de emociones, de representaciones mentales y conductas, con vivencias ambivalentes. Vinculado a la cultura en la manera de manifestarse, porque la cultura canaliza el modo de las emociones.

Y vinculado también, para su resolución, a la cultura que se construya entre quienes están y quienes llegan. Ese proceso natural de expresión emocional por un sentimiento de pérdida, real o imaginada, no tiene por qué ser leído profesionalmente de modo que se confunda con una expresión psicopatológica de tipo depresivo, melancólico o paranoide. No niego con ello que cualquier vivencia humana puede sobrepasar las capacidades del sujeto y generar una sintomatología que requiera un singular modo de cuidarle; pero no veo la necesidad de enfatizar y dar preponderancia a las llamadas «pérdidas» en los procesos migratorios. Para Freud (1948), el duelo es un trabajo de elaboración de los afectos dolorosos que siguen a la pérdida de un objeto amado y, como señalan Fdez.Liria y Rodríguez (2000), tiene como efecto la «recolocación de lo perdido de modo que no impida el investimento afectivo de otros objetos. Lo que culmina el proceso natural de duelo es la construcción de un mundo, que es un mundo que tiene sentido aunque no contiene el objeto perdido y que puede ser habitado por objetos dignos de ser amados».

Creo que, salvo excepciones, el mayor dolor no es por el pasado dejado sino por el futuro comprometido y amenazado. Por ello pienso que el gran reto a afrontar con aquel que migra es, a la vez que el cuidado necesario en la cotidianidad, la construcción del futuro cuando está siendo difícil. Hay que decir que esta situación no afecta solo a las personas que migran sino cada vez más a jóvenes que, por efecto de políticas económicas injustas y, por tanto dañinas, lastran el éxito del futuro al que tienen derecho y cuyas expresiones son el desánimo, el sentimiento de impotencia y la postergación de decisiones en espera de mejores tiempos. El dolor de quien migra por el fracaso de su proyecto es también el de aquellos que esperan el éxito de quien marchó y al que, muy frecuentemente, está vinculada la posibilidad de mejorar las condiciones de vida de las familias en las tierras de procedencia.

El dolor de quien migra por el fracaso de su proyecto es también el de aquellos que esperan el éxito de quien marchó...

Por eso es importante intentar una lectura diferente de los movimientos migratorios: considerar —si se quiere continuar con una metáfora ya más que superada— a la persona que migra como un árbol cuyas raíces quedan al descubierto, pero también como una semilla dispuesta a germinar que, en su pequeñez, encierra todo el saber y la información que permitirá el desarrollo. Somos semilla y árbol. La amenaza a la germinación del proyecto vital que se encierra en el hecho migratorio es más destructiva que la amenaza al pasado, si este está suficientemente bien labrado. Bloquear el futuro es más doloroso que alejarse de la tierra originaria porque lo que se lleva dentro es difícil de perder. Ese es el verdadero arraigo. Con ello cada sujeto teje como puede. Difícilmente se olvida y, cada vez es más fácil volver cuando los recursos económicos lo permiten. El viaje que hacíamos desde cualquier lugar del sur peninsular a Barcelona en los años 70, en trenes cansinos o en autocares piratas no duraba menos de 20 horas y estaba expuesto a un sinfín de sobresaltos.

El vuelo actual directo de Barcelona a Dakar no lleva más de cinco horas; y menos de hora y media a Fez, Nador o Tánger y a un coste muchas veces inferior a 50 euros ida y vuelta. Un poco más a América y Asia, pero bastante menos que la aventura de larga duración que significaba desplazarse hace años.

Quizás tengamos que ir inventando nuevas metáforas para los tiempos nuevos. ¿Por qué seguir pensando en la migración como la búsqueda de un arraigo geográfico en tiempos de tanta movilidad? Mientras reviso este escrito encuentro que en *El País* del 19 de enero de 2016 aparece una viñeta de El Roto en la que dibuja un campo lleno de árboles cortados, con una parte en la tierra al que acompaña la leyenda «Nos ha dicho el leñador que lo importante es conservar las raíces». ¿Por qué seguir pensando en una sociedad sedentaria cuando es tan fácil desplazarse y ser de varios sitios? ¿Por qué migrar no es buscar amarre? Cuando el barco parte no anhela puerto estable, quizás otro lugar en el que recibir descanso y repostar y seguir sus caminos. Quienes migran hacen camino, desean tierra, buscan puerto, formar parte de una comunidad y no, necesariamente, echar raíces como quien adquiere una nueva identidad. Mucho mejor hablar de generar vínculos, de incrementar sentimientos de pertenencias que sean complementarias con las anteriores y de poderse implicar y ser implicado en los proyectos colectivos. El éxito de ello dependerá de la calidad de la acogida y de las singularidades de cada sujeto que es sujeto antes que miembro de un determinado colectivo: migrantes, exiliados, refugiados, etc.

Lo que está pasando es que la universalización de los derechos choca con una fuerte resistencia a la permanencia de identidades ancladas en características específicas: nacionales, étnicas, regionales, de clase, lo que implica la disparidad entre los dos componentes de la ciudadanía como son los derechos y la identidad.

La migración y el exilio, en la acepción de ser activamente expulsado y perseguido, remueven tremendamente a los sujetos provocando procesos de cambio en la(s) identidad(es) y, por ende, en los sentimientos de

pertenencia o también a la inversa. Tuve la satisfacción de ser invitado en Barcelona, junto con un reducido grupo de periodistas, a un encuentro con Wajdi Mouawad, autor cuya obra literaria está muy conmovedoramente centrada en la identidad y las violencias que la acechan, descrita con una maestría que el director de la puesta en escena siempre de modo exitoso de muchas de sus obras, Oriol Broggi, compara a Sófocles, Shakespeare y Chejov. Cuando ya estaba cansado de responder preguntas sobre su obra de mayor éxito, *Incendís*, le hice llegar mi interés por dos temas que atraviesan sus obras: la identidad y la violencia. Nos sobrecogió su respuesta intensa, firme y sentida:

sufren sus personajes cuyo desamparo nos conmueve provocando un removimiento interior al percibir la tremenda herida que provocan las violencias diversas basadas en el rechazo a determinados rasgos identitarios del otro y que colocan a los sujetos al borde de lo que es casi imposible sostener sin la presencia, la mirada y el soporte de otros. Las obras de Mouawad (2011) hieren porque ponen al descubierto con honestidad y, me atrevo a decir con ternura y compasión, el dolor de vivir experiencias tan al borde de lo que es posible sostener y son una llamada dolorida a la conciencia de tanta fragilidad, a la necesidad de protegernos y a las precariedades que laten en lo más profundo de cada

La organización de una psicopatología de la emigración, del exilio, del desahucio en sus mil formas, del desempleo, pueden llevar, indeseablemente, a una estigmatización de los sujetos que padecen dichas situaciones

Mi identidad se ha construido en el hecho de odiar al otro, de odiar a los palestinos, de odiar a los israelíes, de odiar a los chiitas solo porque no eran cristianos maronitas. Es el exilio el que me ha hecho reencontrar en mi vida a esa gente y me ha permitido tomar conciencia de este insecto espantoso que llamamos odio, que está en mí, que veo y del que me debo avergonzar. Yo he convertido en mis héroes a estas personas a quienes me enseñaron a odiar. Mi héroe es un personaje al que yo mismo podría haber matado. En lugar de ello, le he dado la palabra en mis obras.

Tal impactante afirmación abrió la sección de cultura de algunas televisiones y periódicos. El mensaje era claro: el arte y la palabra frente a las balas, pero también la posibilidad de construir desde la movilidad, la adversidad y la experiencia de fragilidad y desamparo.

Lo que Mouawad nos dice haber perdido es el odio que, reconoce, era el soporte de su identidad sustentada en la pertenencia de ser cristiano maronita y que llevó a sus padres a un exilio voluntario o a un proceso migratorio primero a Francia, luego a Canadá y a Francia de nuevo. De ese odio, casi signo identitario, es de lo que

ser, aquello que el filósofo y poeta judeo-andaluz del siglo XI, Ibn Gabirol, llamó «El alma lastimada» (Saenz-Badillos, 1992).

Sus obras conmueven porque ponen al descubierto la violencia, la desolación y el miedo original del sujeto que busca al otro y lo que halla es violencia, un dolor infinito y odio. La única manera de resolver el rechazo al otro, extranjero, sea saberse extranjero, es decir, no poseedor de tierra alguna en exclusividad y saber que en cada uno hay violencia y ternura. Salir de sí y de las pertenencias aseguradoras pero excluyentes es una condición para el encuentro y la extranjería que lleva a descubrir al otro y a los otros. «Si no somos extraños o extranjeros para nosotros mismos, si no hemos hecho la experiencia de nuestra propia extranjería, nunca acogeremos al otro» (Gabilondo, A., 2008).

Salir de sí y de las certezas implica un ponerse al descubierto y aceptar que:

[...] estos mismos elementos que entran en juego para mantener la semejanza del individuo consigo mismo son los que sirven a los fines de mantener la

diferenciación de cada individuo con respecto a los demás y le dan el carácter de único. La interacción específica y continuada entre todos estos elementos brindará al self un estado de cohesión, sustento de la identidad, que se mantendrá dentro de ciertos límites que podrán experimentar alteraciones o pérdidas en determinadas circunstancias. Esto sucederá inevitablemente a lo largo de la evolución, pero en forma tal (cuando ocurre normalmente) que dará tiempo al yo para elaborar los duelos ocasionados por tales pérdidas, y restablecerse de las transitorias perturbaciones de la identidad que la mayor parte de las veces pasan desapercibidas (Grinberg, 1982).

También hay que decir que la estructura psíquica del sujeto, por efecto de la situación de cambio en la migración puede ser removida y aparecer un alto sufrimiento. En ocasiones, podemos considerarlo como desencadenados por el removimiento de una falla previa que se expresa en tal sintomatología. Ello afecta necesariamente a la conciencia de sí (identidad y pertenencias) y a las relaciones con los otros porque todo trastorno psíquico es un trastorno de la relación.

Las perturbaciones de la identidad no son los sufrimientos por las pertenencias o articulaciones identitarias complejas que nos constituyen. Las perturbaciones de la identidad (psicosis, estados 'como si', psicopatías, despersonalizaciones, estados límites o fronterizos, etc.), se producen al quedar al descubierto una falla fundante en el sujeto por un incremento de las tensiones procedentes del mundo interno y del mundo externo, si es que podemos distinguir. Cuando ello sucede hay que ser sumamente cuidadosos en asociar indicadores psicopatológicos con el hecho migratorio y, mucho menos, con la asignación de la identidad colectiva ser emigrante ni hablar de trastornos de identidad en la emigración porque la emigración y las condiciones en las que esta se producen son solamente factores desencadenantes entre otros muchos posibles. Ello me lleva a pensar no solo en la no existencia de una psicopatología de la identidad en las migraciones, salvo en los cuadros clínicos en que cualquier sujeto puede entrar, ni en una psicopatología de la emigración, es decir, del

emigrante sino en una psicopatología, cuando la hay, del sujeto cuyas causas hemos de descubrir con él y entre las que la exposición a las muchas penalidades incrementa el riesgo. La organización de una psicopatología de la emigración, del exilio, del desahucio en sus mil formas, del desempleo, etc., pueden llevar, indeseablemente, a una estigmatización de los sujetos que padecen dichas situaciones (Leal, 2016). Con ello quiero decir que el problema del diagnóstico no es solo que priva a la persona de las riquezas identitarias, al reducirlo, sino que refuerza el poder de quien se cree con el saber suficiente para decir qué o quién es el sujeto y que, frecuentemente y aunque no sea el deseo del profesional, puede otorgar una asignación estigmatizada de identidad (Goffman, 2009), (Balasch, 2016). Y, aun sin quererlo, transforma lo que es contingencia en esencia, es decir, tener una enfermedad –si fuera el caso– con ser un enfermo, etc.

Porque todo término, toda acción que asigne una identidad colectiva a grupos de personas en situación de especial fragilidad, lleva al riesgo de estigma, rechazo o marginalidad. También pueden serlo los lugares en que son concentrados, y también los profesionales y servicios que organizan la ayuda se ven metidos en la misma dinámica de devaluación. Ello es especialmente relevante en esta sociedad y momento histórico donde la generosidad y la solidaridad no están entre los valores más preciados.

Esta cuestión es sumamente delicada porque el estigma se asienta siempre sobre la existencia o atribución de elementos identitarios, en especial, los poco valorados. No es, en mi criterio, adecuado describir a los refugiados, emigrantes, exiliados, «sinpapeles», «topmantas», etc., como colectivos, ni mucho menos atribuirles una predisposición a padecer trastornos depresivos, de ansiedad, adaptativos, de estrés postraumático, adictivos, etc., como no es difícil leer en algunos textos sobre la cuestión, porque esos indicadores psicopatológicos son desencadenables por las situaciones de rechazo, hostilidad, injusticia, etc., cuya eliminación deberíamos propiciar. Afirmaciones como las antes señaladas ponen el acento en la condición de exiliado o migrante como explicación a su posible padecimiento de trastorno mental

cuando, en mi criterio, debería afirmarse el carácter de herido, maltratado, etc. Hablar de un colectivo, en estas circunstancias, conlleva el riesgo de olvido de la singularidad de cada uno de ellos y sus circunstancias y atribuirle una identidad desvalorizada; pertenencia colectiva que ni las propias personas migrantes, exiliadas o en búsqueda de refugio, acepta. Diversos testimonios de personas que han sufrido exilio expresan su desacuerdo con posiciones centradas en el sufrimiento que padecen emigrantes, exiliados, personas en busca de refugio y no en los recursos personales y colectivos que se ponen en juego en el mismo proceso y en las dificultades que encuentran por déficits de acogida y comprensión (Sol, 2007).

No hace mucho escuché a una joven siria que formaba parte de un grupo en busca de refugio declarar ante el corresponsal de televisión que cubría su odisea el orgullo de su diferencia con otros de sus acompañantes: «los que tenemos buenas carreras técnicas vamos a Alemania; los que no tienen formación van a Suecia y otros países». Por ello no conviene olvidar que detrás de cada grupo siempre hay un sujeto cuya singularidad hay que escuchar.

Lo que hay que señalar es que las personas vulneradas están más predisuestas a un incremento de la vulnerabilidad o de sufrir daño que aquellas que no lo han sido. De modo que sería más preciso hablar de personas vulneradas para referirnos a todas aquellas que han sufrido la huella de diversas situaciones traumáticas (abusos, injusticias, daños diversos, etc.) porque lo que merecen en justicia es reparación, soporte, ungüento, abrazo, bálsamo y acogida. Acogida es una de tantas palabras hermosas y más lo es el hecho que puede ser definido como tal porque indica dar apoyo, proteger y que ello es condición para que el ser pueda «habitar» su entorno cuando es nuevo y así transformarse y transformarlo. La acogida es necesariamente contacto. «El contacto con los otros es el componente primordial, el más importante, de este *centro* del mundo natural cuyo *suelo* es la Tierra y cuya *periferia* es el cielo» (Patocka, J., 2004).

Quien ha sido vulnerado, herido, dañado, requiere asistencia en el sentido más primero de dicha palabra como es sentarse a su lado. Por tanto, los sujetos que han sufrido heridas tan intensas como las que produce la guerra, el desprecio, la injusticia, la pobreza, la destrucción de sus casas añaden a la fragilidad originaria de todo ser vivo la huella de la herida que los hace más vulnerables aún, pero no sujetos vulnerables porque esa es condición de todo ser. Reconocerlos vulnerados, en sus derechos, en su dignidad, etc., ha de llevar a la disposición de soportes y ayudas singulares, como individuo y en tanto grupo si quiere poner en juego algunas de sus identidades y pertenencias con otros. Lamentablemente el término «vulnerables» está pasando a ser una identidad colectiva en los servicios de ayuda, sociales, de salud, etc. y consecuente con ello una identidad estigmatizada.

No creo, insisto, que exista ni haya que crear una psicopatología de la identidad en las personas migrantes ni siquiera de la migración; creo en el factor desencadenante, predisponente o facilitante que conllevan los hechos traumáticos y la migración

Quien ha sido vulnerado, herido, dañado, requiere asistencia en el sentido más primero de dicha palabra como es sentarse a su lado.

lo es, especialmente por el sentimiento de desamparo e intemperie que provoca el rechazo, la injusticia, el abandono y los diversos atentados a la dignidad. Algunos de estos hechos pueden facilitar la aparición de una crisis psicótica o una experiencia terrible de derrumbe, producto de la exposición a la intemperie y al desamparo, en la que quede desarmado de su saber sobre sí y rotas las imprescindibles conexiones con los otros, como sin identidad —en el sentido de estructura, no de pertenencia— y preguntándose «quién soy» o «en qué tierra estoy». No tenemos datos para indicar que tales manifestaciones psico(pato)lógicas se produzcan más en personas migradas.

Evidentemente que la fractura en el sujeto puede producirla el proceso migratorio cuando a lo traumático de la situación se añade una fragilidad originaria. La migración en estos casos sería un factor predisponente a la expresión de una carencia, al igual que ocurre con otros muchos factores. Tal vez sí que podamos hablar de una difuminación o una dislocación de los sentimientos de pertenencia que es parte de lo que sostiene la identidad, como efecto del rechazo, del estigma y del desamparo. El sujeto puede quedar a la intemperie en sus sentimientos de pertenencia, pero también puede «idealizar» nostálgicamente, cuando no melancólicamente, una pertenencia ancestral como nutriente ilusorio de unas raíces que se van quedando sin sustento o la pérdida de vitalidad de sus ramas. También puede exagerar un rasgo y utilizarlo como una identidad amenazadora para los otros y el paso a una violencia que refuerza en el otro el miedo a la diferencia. Quizás haya que entender así algunos de los extremismos y xenofobia a los que asistimos en la sociedad actual.

Las vallas, los muros y los fosos excluyen a quienes quedan fuera y recluyen a quienes quedan dentro.

Frente a esos miedos al otro se construyen o reconstruyen fronteras. Estas son heridas en la tierra y cicatrices para todo aquel que migra; sabemos que son frágiles y tenemos muchos ejemplos en la historia para ver que las grandes migraciones han derribado murallas y alambradas enteras que quieren definir demarcaciones exclusivas y excluyentes. Vallas, muros, fosos, generan un a modo de paisaje y arquitectura de la exclusión que daña a los sujetos y al «paisaje» de tantos países que quieren evitar con ello la entrada del extranjero pero que restringe también la propia salida de sus habitantes y les lleva a una cultura cansina y repetitiva. Las vallas, los muros y los fosos excluyen a quienes quedan fuera y recluyen a quienes quedan dentro. Creo que es posible decir que la actitud pasiva de quienes presencian la injusticia, la violencia, los daños sin decir nada, genera en los agredidos un daño psíquico de, al menos, la misma entidad que el hecho originario. Esta situación

la escuchamos en la clínica en sujetos que han recibido abusos de distinto signo, cuando relatan el silencio, si no cómplice siempre cobarde, de aquellos que podían haber hecho algo por evitarlo.

Los grandes movimientos migratorios actuales tal vez sean la ocasión, dolorosa, para repensar la vida en la que estamos metidos. Quizás lo que nos salve de tanta degradación de lo humano no sean otras cosas que la solidaridad y nuestro propio esfuerzo de reconocernos nómadas, esa experiencia de atravesar territorios, tejer vínculos, generar intercambios, cruzar fronteras, abrir los brazos, juntar las manos y la comida y defender la «igualdad en los derechos y la radicalidad en las diferencias» (Ramoneda, 2000), convencidos de que la homogeneidad solo es interesante para el poder político porque es más fácil de gobernar; de ello tenemos serias muestras en la situación política actual en este país, o país de países.

Esa experiencia nómada de quien ha cambiado de lugar es ya permanente y lleva, necesariamente, a lo que Korman (2010), llama «el trabajo de extranjería (que) es la exigencia que se le impone a la psique por la movilización de afectos, pensamientos, sensaciones, vivencias e imágenes, derivadas del hecho de vivir una emigración. Se trata de una elaboración simbólica de esa experiencia. Tarea ardua, dolorosa, atractiva, enriquecedora y probablemente interminable».

Dicha tarea es personal y colectiva. Implica, al menos, a todos aquellos que se saben extranjeros y que ese saber les lleva al encuentro con el otro porque es el único modo de aminorar los efectos de la carencia originaria. Ese encuentro del sujeto con el sujeto en el entramado o urdimbre social que a base de encuentros construimos permite y/o facilita la generación de unas condiciones colectivas para sostener la vida y la realización de los proyectos personales y colectivos.

4. Otras reflexiones o a modo de conclusiones.

«Queríamos buena y selecta mano de obra pero nos llegaron personas». Es el impactante resumen que Max

Frisch, intelectual suizo que se interesó también por los temas de la individualidad y la identidad, hace del llamado «problema» migratorio. Pero el problema, el drama, ahora es que no queremos ni mano de obra ni personas que, ya hemos aprendido, es algo que suele ir junto. Por eso el reto es pensar una sociedad donde todos puedan vivir en condiciones de igualdad, como ciudadanos de pleno derecho.

Eso implica sentir curiosidad e interés por el otro. El elogio de la diferencia. Ser extranjero forma parte de nuestra identidad. La conciencia de ello y de la diversidad de cada uno de nosotros tal vez sea la única experiencia capaz de salvarnos de la robotización de la humanidad y de, como señala Sami Naïr, la emergencia creciente de nuevas fronteras que no son solo sociales, sino culturales, religiosas, lingüísticas, y algunas veces étnicas, que pretende generar una potente dinámica de diferenciación entre humanos, de empecinamiento en lo local, de demagogia de la pertenencia, de miedo al prójimo.

La mejor vía del acceso al otro, siempre diferente, es la curiosidad, salir de mi propio mundo y entrar en el del otro desde una mirada atenta y respetuosa. Todo ello requiere tiempo. Por eso un enfoque intercultural (Cohen, 2011, 2013) (Leal, 2013) en cualquier ámbito requiere darse tiempo, ya que el descubrimiento del universo del otro, mediante la interiorización de sus códigos de referencia descentrándose simultáneamente de los propios, no puede realizarse rápidamente y exige una preparación cuya finalidad es desarrollar las capacidades que nos permitan progresar en el terreno de la complementariedad.

Requiere también un acercamiento al otro como ser merecedor de respeto y reconocimiento. (Ricoeur, 2005) (Sennet, 2003). El respeto es un compromiso expresivo; eso quiere decir que tratar a los demás con respeto no es algo que simplemente ocurra sin más, ni siquiera con la mejor voluntad del mundo. Transmitir respeto es encontrar las palabras y los gestos que permiten al otro no solo sentirlo, sino sentirlo con convicción. Reconocerlo es mirarle con esmero descubriendo su singularidad. Y darle acogida. ¿No es

acaso esa acogida del otro en uno y que lleva a su cuidado el fundamento mismo de la ética? Como señalan Eco y Martini (1997): «cuando los demás entran en escena, empieza la ética. Son los demás, en su mirada, lo que nos define y lo confirma». Una ética de la inclusión, como señala Levinas (1993) en su muy interesante objetivo de construir una «ética de la responsabilidad, la acogida y la hospitalidad para con el otro, que constituye el punto de partida y de referencia de todo su discurso». (Bello, 2004). La hospitalidad, la acogida constituye el criterio de lo humano, de la fraternidad y de la acogida para con el Otro excluido. Acoger al Otro constituye la posibilidad de incluirlo en la vida de la comunidad, y al incluirlo allí, este se encuentra inmerso en un mundo con Otros. «Cuando yo acojo y por ende, incluyo al Otro en el espacio ético de las relaciones humanas me reconozco, no por mí mismo, sino gracias a él» (González Rodríguez-Arnáiz, 2004). O como más sencillamente afirma Guillén (2003) «yo soy porque tú eres».

¿No es acaso esa acogida del otro en uno y que lleva a su cuidado el fundamento mismo de la ética?

En esa ética de la hospitalidad el sujeto está llamado a establecer el encuentro «humano» con los otros próximos en tanto que extranjeros y desprotegidos. No ser hospitalario, por tanto, es ser antihumano (Levinas, 2003). Como señala Derrida (1998) —para quien la obra de Levinas es «un inmenso tratado sobre la hospitalidad»—, la hospitalidad es un valor que supone la acogida del otro y, al lado de este valor, están otros dos valores igualmente importantes: la fraternidad y la humanidad. El rechazo al otro es por tanto no un ataque a los derechos humanos sino un ataque a lo humano.

No reconocer al otro en su singularidad se suma a las ya muchas variedades de la exclusión: la negación, el prejuicio (y casi habría que decir el postjuicio en tanto conclusión esperada de un juicio predestinado a ser confirmado), el racismo, la xenofobia o alterofobia, la estigmatización, guetos o segregaciones espaciales, la

discriminación, la criminalización del diferente, etc.

La acogida, la hospitalidad, el encuentro son condiciones que deben estar en la base de las muy necesarias políticas de incorporación/participación pensando en el futuro de quienes están y quienes llegan; que deben basarse en los principios de igualdad, ciudadanía e interculturalidad como es fácil leer en cualquier bienintencionado Plan Estratégico de Ciudadanía e Integración, con el ánimo de fomentar la interacción y construcción del sentimiento de pertenencia a una sociedad común. Que se sostenga en valores como el respeto y la libertad y asegure la existencia, desarrollo e interacción de culturas, lenguas, religiones y etnias que no son necesariamente una identidad (total) sino elementos que la configuran y enriquecen tanto colectiva como individualmente.

Una gran proporción de los enfrentamientos que se presentan como raciales, étnicos o identitarios son consecuencia directa de una relación no equitativa entre las clases sociales.

Toda persona debe tener asegurada la accesibilidad a todos los servicios sin discriminación y teniendo en cuenta sus particularidades; la no consideración de ello puede devenir en actuaciones discriminatorias, explotación económica, discriminación social, de acceso a la vivienda como expresa una persona en uno de los trabajos citados (Leal, 2001): «Cuando ves una nota que dice “comparto piso” y llegas, al ver que eres marroquí ya no quieren nada contigo».

Los grandes problemas de la migración no son de índole psicológico sino económico y político. Una gran proporción de los enfrentamientos que se presentan como raciales, étnicos o identitarios son consecuencia directa de una relación no equitativa entre las clases sociales. Hay que saber que todas estas cuestiones que son también psicológicas en cuanto no se pueden aislar de lo social pueden devenir psicopatológicas como cualquier otro problema humano no bien atendido.

5. Y, la salud mental?

En los momentos actuales, en mi criterio, las grandes aportaciones a una reflexión seria sobre el tema migratorio y los grandes movimientos humanos y sobre los efectos de estos en el psiquismo y en las relaciones humanas proceden del campo de la reflexión ética o de valores, la política, la sociología, la literatura, la poesía, tras de lo cual vamos todos aquellos que seguimos interesados en preguntarnos qué está pasando y sentimos insuficientes las explicaciones psicológicas pasadas y las interpretaciones en exceso basadas en antiguas o avejentadas clasificaciones psicopatológicas. Si algo sabemos acerca de la enfermedad, la salud y la salud mental, es que están estrechamente vinculadas a las condiciones de vida y a las características de un determinado momento sociopolítico (OMS, 2008). La

magnitud de lo que está sucediendo, los tan dolorosos desplazamientos masivos debidos a un sinfín de causas, las violencias de los estados contra las poblaciones que huyen o que buscan poder crecer en igualdad, el aumento de los delitos de odio y xenofobia nos obliga a una reflexión en la que la percepción que tenemos del sufrimiento que tales movimientos producen nos lleven a lecturas nuevas y comprometidas, evidentemente con la singularidad de cada sujeto, pero también a un replanteamiento de la vida y el mundo que estamos construyendo.

El tipo de sociedad y los valores que la sustentan tienen efectos positivos y negativos sobre la salud. Trabajar por una sociedad asentada sobre valores y derechos humanos es hacer por una salud mental colectiva. Trabajar por la salud mental de todos no es básicamente aislar, definir, diagnosticar o poner nombres técnicos a sufrimientos antiguos; es trabajar para generar posibilidades de crecimiento y desarrollo para todos y cada uno de los sujetos en una sociedad donde quepamos todos en igualdad y respeto a los derechos. Es reconocer que la

pobreza y la marginalidad son los principales factores de riesgo sanitario de las personas, también de las que migran, como señala la OMS (2008), porque están en un momento especialmente frágil de su trayectoria vital. Especialmente frágil si se añaden como experiencias dañantes la separación forzada de los seres queridos, el sentimiento de desesperanza por el fracaso del proyecto migratorio y la ausencia de oportunidades, la lucha por la supervivencia y el miedo o la indefensión por carecer de derechos. Entre estos hay que incluir garantizar la atención a la salud, sin condiciones de tipo alguno, a todos aquellos que lo necesiten y ajustada a las características de los elementos culturales de origen. Para ello es necesario profesionales que tengan una sensibilidad intercultural y manejo de la diversidad lo cual permitirá asegurar que los dispositivos de atención y cuidado se adapten a la variabilidad de sus usuarios (Boladeras, 2007), (AEN, 2011).

de latiguillos, no solo verbales, que acompañan a las prácticas de cuidado que deberían centrarse más en la ignorancia que en el saber, más en el otro a quien desconocemos que en el otro al que diagnosticamos en este proceso, al parecer imparable, de diagnosticar la vida.

Y por fin, apelar a la posibilidad de construir, salvando todos los obstáculos que aparecerán en el empeño, las ideas de Kant en resumen de Bauman (2005):

Hace más de dos siglos, en 1784, Kant observó que el planeta que habitamos es esférico y consideró con detenimiento las consecuencias de ese hecho banal: como todos estamos y nos movemos sobre la superficie de esa esfera, señaló Kant, no tenemos otro lugar donde ir y estamos por lo tanto obligados a vivir para siempre en proximidad y compañía de otros. Mantener distancia entre uno y los otros, y más

Hay que insistir en la conveniencia o la urgencia de huir de las estereotipias que rodean las explicaciones del hecho migratorio y las lecturas psicopatológicas de las expresiones del dolor de cambiar.

La aceptación de esta realidad diversa y su abordaje, permitirá sin duda una mejora en el acceso y en la calidad de la atención sanitaria no solo para la población migrante, sino para la ciudadanía en su conjunto.

Hay que insistir en la conveniencia o la urgencia de huir de las estereotipias que rodean las explicaciones del hecho migratorio y las lecturas psicopatológicas de las expresiones del dolor de cambiar. Propuestas de protocolos para la atención a la salud mental de las personas que migran, de ser necesaria tal protocolización, deben huir del riesgo de una mirada exagerada e innecesariamente diagnóstica que puede tener como efecto una nueva clasificación y encasillamiento del sujeto. Incluso expresiones amables que se proponen comprensivas, como la permanente atribución del duelo migratorio para entender comportamientos como el dolor, la pena, la rabia por el rechazo, etc., pueden pasar a ser estigmatizantes. «Duelo migratorio, conciencia de enfermedad, adherencia al tratamiento», etc., conjunto

aún ampliarla, es a la larga imposible: al movernos alrededor de una superficie esférica terminaríamos por acortar la distancia que en un principio pretendíamos agrandar. Y por lo tanto la unificación perfecta de la especie humana en una ciudadanía común es el destino que la naturaleza eligió para nosotros al ponernos sobre la superficie de un planeta esférico. La unidad de la raza humana es el horizonte absoluto de nuestra historia universal; un horizonte que nosotros, seres humanos movidos y guiados por la razón y el instinto de supervivencia, estamos obligados a perseguir y, en la plenitud de los tiempos, alcanzar.

No habría que postergar mucho el inicio. Recientísimas declaraciones de líderes políticos en Europa y Estados Unidos hacen presagiar tiempos aún más difíciles para el ejercicio de lo humano y los derechos, aún los reconocidos. Todo ello tiene que ser contado, no silenciar lo que está pasando, siguiendo el consejo de Zambrano (1989): «los muertos por la

violencia necesitan que se cuente su historia. [...] Y hay silencio disonante que deja en el aire la palabra entrecortada, la razón convertida en grito».

Pero también hay que confiar en que es posible hacer las cosas bien, aunque haya muchos elementos en contra. Al fin y al cabo «más vale equivocarse en la esperanza que acertar en la desesperación» (Maalouf, 2012). Generar esperanza sigue siendo una muy digna, interesante y necesaria tarea de todos y cada uno de nosotros. Y ponernos a hacer como señala, nuevamente, el poeta (González, 1996):

No es bueno repetir lo que está dicho.
Después de haber hablado,/ /
de haber vertido lágrimas,
silencio y sonreíd.
Nada es lo mismo.
Habrá palabras nuevas
para la nueva historia.
Y es preciso encontrarlas
antes de que sea tarde. ■



Bibliografía

- AEN. (2011). *Instrumento para la valoración de la Competencia Intercultural en la Atención en Salud Mental: Hacia la equidad en salud*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- AMÉRY, J. (2004). *Mas allá de la culpa y la expiación*. Valencia: Pretextos.
- ARENDT, H. (1974). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- BALASCH, M. et al. (2016) *L'estigma i la discriminació en salut mental a Catalunya*. Barcelona: Apunts.
- BAUMAN, Z. (2005). *Amor Líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: FCE.
- (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona, Paidós.
- (2016). *Extraños llamando a la puerta (Estado y sociedad)*. Barcelona: Paidós.
- BELLO, G. (2004). Ética contra la ética. Derechos humanos y derechos de los otros, en BARROSO, M. y PÉREZ, D. (eds.). *Un libro de huellas. Aproximaciones al pensamiento de Emmanuel Levinas*. Madrid: Trotta.
- BOLADERAS, M., BUSQUETS, J. M., ALMUEDO, A., BILBENY, N., COLLAZOS, F., FRANCESC, J. M. (2007). *Orientaciones sobre la diversidad cultural y la salud*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Comité consultiu bioètica Catalunya.
- CASTRO, J. (2000). *El extranjero*. Madrid: Rialp.
- COHEN-EMERIQUE, M. (2011). *Pour une approche interculturelle en travail social: théories et pratiques*. Rennes: Presses de l'EHESP.
- (2013). Por un enfoque intercultural en la intervención social. *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 54, p. 87-101
- COLINAS, A. (2014). *Canciones para una música silente*. Madrid: Siruela.
- DERRIDA, J. (1998). *Adiós a Emmanuel Lévinas. Palabra de acogida*. Madrid: Trotta.
- ECO, U. MARTINI, C. M. (1997). *En que creen los que no creen*. Madrid: Temas de Hoy.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo: Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ENZENSBERGER, H. M. (1981). *La gran migración*. Barcelona: Anagrama.
- FERNÁNDEZ L. A., RODRÍGUEZ, V. B. (2000). Trabajo de duelo o trastorno por trauma: modelo para la actuación en situaciones de guerra o violenciapolítica. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.*, 200, vol. XX, nº 74, pp. 189-205.
- FERNÁNDEZ AGIS, D. (2012) . La ética de Lévinas, un pensamiento de la responsabilidad. *Eikasía. Rev. de Filosofía*, nº 162, Julio.
- FLORES, P. (1989). El eclipse del ciudadano. *Crisis económica y Estado de Bienestar*. Barcelona: IEF.
- FREUD, S. (1948). Duelo y melancolía, en FREUD, S. (1948). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 1087-1095.
- Gabilondo, A. (2008). en ALONSO MARTOS, A. (ed.). *Emmanuel Lévinas: una filosofía como ética*. Valencia: Universidad de Valencia.
- GOFFMAN, E. (2009). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ ARNÁIZ, G. (2004). El individualismo ético de E. Lévinas, en BARROSO, M. y PÉREZ, D. (eds.). *Un libro de huellas: Aproximaciones al pensamiento de Emmanuel Levinas*. Madrid: Trotta.
- GONZÁLEZ, A. (1996). Nada es lo mismo: La lágrima fue dicha, en *A todo amor: Antología*. Madrid: Visor.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1982). *Psicoanálisis de la emigración y del exilio*. Madrid: Alianza.
- (1980). *Identidad y cambio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- GUILLÉN, J. (2003) *Homenaje*. Madrid: Visor.
- HUETE MACHADO, L. (2008). Entrevista con Agne Mamado Cheik, *El País*, en http://elpais.com/diario/2008/01/25/ultima/1201215602_850215.html
- KORMAN, V. (2010). *Trencadis : Gaudianas psicoanalíticas*. Madrid: Síntesis.
- KRISTEVA, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- (2000). *El porvenir de una revuelta*. Barcelona: Seix Barral.
- LEAL CALVO, J. (2001) *Ciutat Vella, ciutat oberta?: La migració marroquí a Ciutat Vella*. Treball de recerca.
- LEAL RUBIO, J. (2016). Malentesos, prejudicis, estigmes. *CatalunyaPress*, en <http://www.catalunyapress.cat/texto-diario/mostrar/499183/malentesos-prejudicis-estigmes>
- (2016) La posició dels professionals davant la vulnerabilitat dels subjectes i dels drets socials. *Revista del Treball Social de Catalunya*, Abril.
- (2013) Competencias interculturales y relación asistencial en el campo de la salud mental. *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 54.
- (2006). La relación en los cuidados y el trabajo en red en Salud Mental, en LEAL RUBIO, J. y ESCUDERO, A. *La continuidad de cuidados y el trabajo en red en salud mental*. Madrid: AEN.

- (2005) Salud mental y diversidad(es): trabajar en red, *Vertex. Rev. Argentina de Psiquiatría*, Vol. XVI, Buenos Aires.
- (1991). Lugar del sujeto en el discurso comunitario. *Quaderns de Serveis Socials*, nº 1.
- (2009). Violencia, maltrato y sufrimiento en las instituciones, En MARKEZ, I., FERNÁNDEZ, A. y PÉREZ, P. *Violencia y salud mental*. Madrid, AEN.
- LEFEBVRE, H. (1984). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- LEVINAS, E. (2003). *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*. Salamanca: Sígueme.
- (1993). *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós.
- MAALOUF, A. (2012). *Los desorientados*. Madrid: Alianza.
- MARTUCELLI, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.
- MARTUCELLI, D. (2013). Solidaridad, individuación y globalización. *Documentos CIDOB. Dinámicas interculturales*. nº 17.
- MOUAWAD, W. (2011). *Incendios*. Oviedo: KRK Ediciones.
- NERUDA, P. (2005). *Canto general*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- OMS. (2008). *Subsanar las desigualdades en una generación: Alcanzar la equidad sanitaria actuando sobre los determinantes sociales de la salud*. Comisión sobre Determinantes Sociales de la Salud. Ginebra: OMS.
- PARIS, D. (2003). *Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad*. Madrid: Campo de ideas.
- PATOCKA, J. (2004). *El movimiento de la existencia humana*. Madrid: Encuentro.
- RAMONEDA, J. et al. (1996). La ciutat de la diferencia (Exposició). Barcelona: CCCB.
- RICOEUR, P. (2005). *Caminos del Reconocimiento*. Madrid: Trotta.
- SÁENZ-BADILLOS PÉREZ, A. (1992). *El alma lastimada: Ibn Gabirol*. Córdoba: Ediciones El Almendro.
- SAID, E. W. (2001). *Reflexiones sobre el exilio*. Barcelona: Debate, p. 179.
- SARACENO, B. (2002) La ciudadanía como forma de tolerancia. *Quaderns de Salut Mental*, nº 1.
- SAYED-AHMAD BEIRUTI, N. (2009). Aspectos psicológicos y socioculturales de la integración intercultural y el duelo migratorio, En CHECA, F. y ARJONA, A. *Las migraciones en el mundo*. Barcelona: Icaria.
- (2013). Proceso migratorio, diversidad sociocultural e impacto sobre la salud mental. *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, 54, pp 87-101.
- SENNETT, R. (2006). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en el mundo de la desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- SOL, A. y Ferrer, J. (2007). *L'Enriquiment de la Pèrdua: Aportacions i riqueses de les persones refugiades a Catalunya*. Barcelona: CEAR-CCAR.
- TAMAYO, J. J. (2007). La inmigración en el horizonte de las religiones. *Encuentros Multidisciplinares*, vol. 9, nº 26.
- WEIL, S., (2014) *Echar raíces*, Madrid, Trotta.
- ZAMBRANO, M. (1989). *Delirio y destino*, Barcelona: Círculo de Lectores, p. 266.
- ZAMBRANO, M. (1995). Amo mi exilio, en GÓMEZ BLESAS, M. (ed.). *Las palabras del regreso*. Salamanca: Amarú.

José Leal Rubio

Avda. Rep. Argentina, 2, 1º A,
08023 Barcelona
[T] 932377141
[@] joseleal@copc.cat